asegurar el comercio mediterráneo".

a una escena desarrollada en el castillo de Alcañiz: los no-
rca Jaime I para que se lance a la conquista de Valencia y
y señoríos. El grabado se conserva hoy día en el propio Cas-
tillo de Alcañiz

Facultad de Filosofía y Letras
el palacio provincial.
—¿Hay prevista alguna actividad particular?
—Sí, pensamos realizar una vi-a al castillo de los templarios, Monzón, lugar en el que pasó niñez Jaimte I. Es este cas-o una gran fortaleza que, sin bargo, se encuentra totalmente asistida y prácticamente des-mándose. Ojalá la ocasión sir-se para plantearse la necesi-d de reconstruirlo.
—«Zaragoza en la Corona de agón», tema a estudio y debate. ue papel desempeñó a su juicio estra urbe en este período que s ocupa?

—Un papel preponderante, pues si bien es cierto que Barcelona comienza ya a ejercer su hegemonía de tipo mercantil y comercial como consecuencia de sus relaciones mediterráneas, la capital del reino de Aragón continúa marcando una especie de supremacía de tipo espiritual. En Zaragoza, por ejemplo, se realizaba siempre la coronación de los Monarcas
—¿Dónde residía habitualmente el rey?
—Hay que tener en cuenta que el monarca es en este período un personaje itinerante, y como tal no tiene una residencia fija. Cuando vivía en Zaragoza se alojaba en el palacio de la Aljafería.
—¿Qué importancia tiene Jaime I en su época y más concretamente en la Reconquista?
—Decisiva, puesto que con Jaime I continúa la labor iniciada por doña Petronila y Ramón Berenguer, que culminaría más tarde su hijo Pedro III con la conquista de Sicilia y la expansión mediterránea. Jaime I, para lo cual, debe conquistar primeramente Valencia y luego lanzarse ya al mar y tomar Mallorca.
—¿Podría destacar algún rasgo de la personalidad del monarca aragonés?
—La historia se ha encargado de ello. El sobrenombre de «el Conquistador» nos habla bien a las claras del carácter de este rey: un hombre impulsivo, que acomete toda clase de empresas.
—Desde el punto de vista de historiador moderno enjuicie la conquista de Valencia y de Mallorca.
—La reconquista de estas dos plazas se debió fundamentalmente a las presiones que la nobleza ejecutó sobre el rey. Jaime I, como casi ningún monarca de su tiempo, está ajeno a ellas, pero sus consecuencias fueron en este caso positivas, pues de ellas surgieron la conquista de Valencia —para satisfacer las pretensiones de tierras de los nobles aragoneses— y la de Mallorca —para asegurar el buen tráfico mediterráneo de la incipiente burguesía mercantil catalana. Asimismo, Jaime I cometió el error de fragmentar excesivamente a su muerte el reino entre sus hijos.
—«Ordenamiento interior y administración pública». Este es el título de la ponencia que usted va a defender en este X Congreso de Historia de la Corona de Aragón. ¿Sobre qué versará su estudio?
—En mi ponencia expondré la organización interior y la estructura político-administrativa de la Corona de Aragón en el siglo XIII; explicaré sus fórmulas de Gobierno, sus principales instituciones políticas, hablaré de sus aspectos judiciales, penales, administrativos...

José María TURMO

- BAILE
A DE
LERO

hirulo
U
ON CON JAMON,
Y CECINA
OMO EN BINEFAR"
A A LOS PIÑONES,
O Y MANTEQUILLA
CO DEL MONCAYO
DO AL ROMERO,
Y JUDIAS
LERO, SU ROSCON
SA
LA NATA — CAFE
AINZON, TINTO DE
CARTA NEVADA Y
ES
CACHIRULO
1'5 - Teléf. 33-16-74

TIVO DE SABIÑANIGO
GADO DE BAR
ES EN SECRETARIA
AL SEÑOR PRESIDENTE
TES DEL 15 DE FEBRERO

La Universidad de Córdoba prepara para finales de año el primer congreso de historia de Andalucía y, por otra parte, la Alianza Socialista de Andalucía pone de manifiesto que el retraso del Sur acarrea una diferencia de tratamiento inadmisible entre regiones y nacionalidades dentro del Estado español, y concluye que «las bases objetivas sobre las que ha de asentarse el regionalismo andaluz demandan una solución tan urgente como el reconocimiento de los regionalismos basados en hechos lingüísticos o culturales». De la misma forma se manifiestan los socialistas canarios, cuyo archipiélago es un caso ilustrativo de diferencias evidentes sin intervención de la lengua.

Cataluña prepara para diciembre el primer congreso de cultura catalana, respaldado por entidades

Aragón, o esa identificación, a todas luces interesada, de aragoneses y andaluces con cierta orientación del españolismo, que hizo exclamar a Unamuno en una de sus crónicas de viaje: «Me molesta tanto el que se quiera simbolizar a España en un baturro aragonés como el que se quiera simbolizarla en un majo andaluz».

La conclusión es clara: la gente se mueve, y es bueno que se mueva, porque ese dinamismo arrumba tópicos o despierta una conciencia regional castellana, que, de repente, advierte la presencia de Galicia o Cataluña en un plano de igualdad en el que cada cual defiende intereses propios. Y es conveniente enterarse de que la exclusiva de la españolidad no la tiene nadie, ni unas regiones ni unos políticos. La tenemos todos en este presunto democrático 1976.

LACASA CLAVER

LA HUELLA DE ARAGON EN MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER

Don José Orlandis ha escrito un trabajo sobre el talante aragonés de monseñor Escrivá de Balaguer, que publicamos a continuación. El que fuera catedrático de la Facultad de Derecho de nuestra Universidad, dirige hoy el Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, y vino a entregarnos personalmente su escrito que incide en uno de los aspectos más sugestivos de la vida del fundador del "Opus Dei".

HOMBRE UNIVERSAL

El universalismo no es planta exótica en suelo aragonés. Aragón es tierra pródiga, y por eso muchos de sus hijos han ido a rendir los frutos de sus talentos y de su trabajo lejos del viejo solar que les vio nacer. Pero Aragón es también tierra recia, que imprime una huella inconfundible en el carácter de sus hombres, y esa impronta les acompaña siempre, por muy diversos que sean los caminos, a donde les vaya llevando la aventura irrepetible de su vida.

La "diáspora" de Aragón se proyecta ante todo, como es natural, sobre otras regiones españolas; pero el impulso que la anima desborda a veces las fronteras peninsulares y se adentra hasta los altos marés del mundo y de su historia. Ha habido aragoneses que merecen con justicia el apelativo de hombres universales, porque su nombre ha pasado a ser patrimonio de la humanidad entera. Uno de ellos, el más universal tal vez de los hijos de Aragón, ha sido monseñor Escrivá de Balaguer.

No existe patente más clara de universalidad que la fecundidad generosa de un espíritu. No puede concebirse personalidad más universal que aquella que ha dado origen a una descendencia innumerable de gentes de todas las razas y colores, de todas las culturas y mentalidades. Hace quince años, cuando la Universidad de Zaragoza quiso distinguir con un doctorado honorífico a quien había sido estudiante de leyes en su Facultad de Derecho, monseñor Escrivá evocó en su lección la memoria de algunos grandes aragoneses que han dejado a lo largo de los siglos una traza luminosa en la vida de la Iglesia: Aurelio Prudencio, el poeta de los Mártires: San Braulio, el ilustre obispo de Zaragoza; San José de Calasanz, el promotor de la educación de las clases populares. Ahora que ha pasado ya de este siglo, Josemaría Escrivá de Balaguer entra también de lleno en la historia de la Iglesia y de Aragón, con el marchamo inequívoco de hombre universal.

Es preciso decir, con serena pero imparcial objetividad, que nunca en la historia de la Iglesia le fue dado a un fundador conocer el desarrollo y la madurez de su empresa en grado parecido al alcanzado por el Opus Dei en vida de monseñor Escrivá. Dentro del tiempo de su existencia terrena, el espíritu de que era portador ha tenido increíble virtualidad para transformar cristianamente la vida de muchos miles de hombres y mujeres, de ochenta países de los cinco continentes. Hombres y mujeres que le llamaron padre, no como tratamiento respetuoso o por conveniencia social, sino con el acento único que tiene esta palabra, cuando se dice al hombre de quien se ha recibido lo más sustancial y valioso del propio ser. Monseñor Escrivá de Balaguer vivió casi treinta años en Roma, la ciudad universal por excelencia. Pero quizá fue en el Brasil, inmenso crisol de pueblos y de razas, donde vivió más materialmente rodeado de una multitud de hombres blancos y negros, amarillos y cobrizos, que le contemplaban con ojos filiales y se sentían ligados a él por el vínculo inefable de la paternidad espiritual.

HIJO DE ARAGON

Un hombre, cuando es auténticamente universal, no se olvida de su tierra, ni reniega de ella para tomar el rostro anodino del desarraigado o del apátrida. En monseñor Escrivá, el universalismo jamás oscureció el trasfondo aragonés de su figura ni los rasgos vigorosos que perfilaron su recia fisonomía humana y espiritual. Por esa razón, me ha parecido que podría ser de interés el presentar aquí algunos trazos significativos de la personalidad de este hombre de excepción, ya que pienso que Aragón tiene el deber —y también el derecho— de conocer tal como se merecen a los mejores de entre sus hijos.

Monseñor Escrivá se sentía hijo de esta tierra: "Me enorgullezco de ser barbastrino", declaraba públicamente en 1969; y en mayo de 1975, un mes antes de morir, volvía a decirlo, hondamente conmovido, en su ciudad natal: "De lo más íntimo de mi alma surge, queridísimos paisanos, una emocionada correspondencia hacia mi tierra, hacia todos sus hombres y hacia quienes la representáis en este acto." Esta vinculación a su tierra, este "enraizamiento", estuvieron muy singularmente ligados a la memoria de sus padres, a quienes amó con todo el afecto de un buen hijo. Dios —escribió en una ocasión— "me hizo nacer en un hogar cristiano, como suelen ser los de mi país, de padres ejemplares, que vivían y practicaban su fe, dejándome una libertad muy grande desde chico, y vigilándome al mismo tiempo con atención". La propia devoción a la Virgen del Pilar, monseñor Escrivá la aprendió de sus padres en los años de la infancia: "Mi devoción a la Virgen del Pilar —recordará después— me ha acompañado siempre: mis padres, con su piedad de aragoneses, la inculcaron en mi alma desde niño." De sus viejos maestros en el colegio de los escolapios de Barbastro, monseñor Escrivá guardó también durante toda la vida un entrañable recuerdo.

Más de medio siglo fuera de Aragón no fue suficiente para borrar de la personalidad de Mons. Escrivá rasgos muy característicos del modo de ser de su tierra. El lo sabía y nunca trató de disimularlo: «Digo las cosas claras, porque soy de aquella tierra de Aragón.» Al genio de las gentes de su patria atribuía esa difícil, pero feliz combinación de idealismo y realismo, de que él mismo dio tantas pruebas en su vida: «Los aragoneses —advertía— tenemos los pies en el suelo, aunque procuramos poner el corazón muy alto.» Y hasta en aquella sobrehumana energía que le hizo falta para sacar adelante la empresa que Dios le confió, hay algo que tiene que ver con el temperamento de su gente: «Yo soy muy tozudo, soy aragonés», repitió monseñor Escrivá en mil ocasiones, ante los obstáculos y dificultades.

En la predicación o en la conversación familiar, llena de gracia humana, de Mons. Escrivá, la solera aragonesa podía aflorar en cualquier momento, con expresiones muy típicas del lenguaje popular de su tierra: «Huye de la soberbia de imaginarte que eres eso que en mi tierra llaman «el palico de la gaita», recomendaba en una homilía romana; y a alguien que le decía unas palabras de cariño, le replicaba con buen humor: «En mi tierra te llamarían de una manera tremenda: lagotero, porque dices cosas afectuosas en la cara del interesado.» Hasta los propios cantares aragoneses servían al fundador del Opus Dei para decir a Dios cosas del alma, para hacer oración: «Hace años —escribía en 1959— que haciendo oración con agradecimiento al Señor, cantaba yo a la obra aquella copla de mi tierra: «Capullico, capullico, / ya te estás volviendo rosa: / ya se está acercando el tiempo, / de decirte alguna cosa».

LAS PARABOLAS EVANGELICAS

Estampas de la tierra, que se le habían grabado muy hondas en su niñez, las revivía muchos años más tarde con un nuevo sentido divino: «Los labriegos de mi tierra —decía —cogen la primera florada de los higos —las brevas— y las pinchan... Así resultan de almíbar. Tú agradece a Dios las pequeñas contradicciones... Dios te quiere sabroso para su boca, dulce como la miel y el panal.» El prodigioso «don de lenguas» que tenía Mons. Escrivá de Balaguer le hacía hablar de las cosas de Dios en términos que todos comprendían y con palabras que llegaban a la cabeza y al corazón de las personas más diversas. Este lenguaje popular, de honda entraña cristiana, le llevó a veces a situar en el contexto humano y en el paisaje de Aragón parábolas del Evangelio, glosadas por él en su incansable catequesis a través del mundo.

Alegres recuerdos de temporadas de verano pasadas en Fonz, el pueblo de su padre, servían al fundador del Opus Dei de marco familiar para la parábola del fermento y la masa: «Me gusta hablar en parábolas —escribía en 1930— y más de una vez he comparado esa misión nuestra, siguiendo el ejemplo del Señor, a la levadura que, desde dentro de la masa (Cfr. Matth. XIII, 33), la fermenta hasta convertirla en pan bueno. He gozado en mis temporadas de verano, cuando era chico, viendo hacer el pan. Entonces no pretendía sacar consecuencias sobrenaturales: me interesaba porque las sirvientas me traían un «gallo», hecho de aquella masa. Ahora recuerdo con alegría toda la ceremonia: era un verdadero rito preparar bien la levadura —una pella de pasta fermentada, proveniente de la hornada anterior— que se agregaba al agua y a la harina cernida. Hecha la mezcla y amasada, la dejaban reposar hasta que se hinchaba a no poder más. Luego, metida a trozos en el horno, salía aquel pan bueno, lleno de ojos, maravilloso. Porque la levadura estaba bien conservada y preparada, se dejaba deshacer —desaparecer— en medio de aquella cantidad, de aquella «muchedumbre», que le debía la calidad y la importancia. Que se llene de alegría vuestro corazón pensando en ser eso: levadura que hace fermentar la masa.»

Otra estampa evangélica, todavía, la imagen del Buen Pastor, gustaba a veces evocarla monseñor Escrivá, personificada en aquellos pastores pirenaicos que el recordaba de sus años infantiles en Barbastro: «Recuerdo haber visto de niño a los pastores, envueltos en sus zamarras de piel, en los días crudos del invierno del Pirineo, cuando la nieve lo cubre todo, pasar por las cañadas de la tierra mía con aquellos perros fidelísimos y aquel borrico cargado hasta lo indecible con los enseres del pastor. Encima de todo, el borrico llevaba un gran caldero, donde el amo preparaba la comida y los potingues que ponía sobre las heridas de sus ovejas. Si alguna se había descalabrado —como dicen allí—, si se había roto una pata, he visto al pastor encarnar la vieja parábola evangélica (Luc. XV, 1-7), y conducir sobre sus hombros a la oveja herida. Como tantas veces le veía llevar entre sus brazos, amorosamente, un cordero recién nacido.»

No es posible prolongar ya más este escrito. Creo que con lo dicho hay bastante para dejar constancia de hasta qué punto el hombre universal que fue monseñor Escrivá de Balaguer se sintió a la vez, durante toda la vida, hijo de Aragón. No está de más recordar que, como postrer testimonio de devoción a la Virgen y cariño a su tierra, promovió ilusionadamente ese lugar de oración y penitencia, de culto divino y formación humana que es ya hoy el santuario de Torreciudad. Un mes antes de morir, el fundador de Opus Dei consagró el altar principal del santuario y fue a Barbastro, de donde faltaba desde hacía sesenta años, para estar con los suyos y recibir la expresión cordial del afecto y la amistad de sus paisanos. Monseñor Escrivá de Balaguer vino a Aragón en el último viaje que hizo en esta vida. Vista ahora con mirada retrospectiva esta simbólica despedida, aparece como un definitivo resello del gran amor que tuvo siempre a esta tierra.

José ORLANDIS

JAIME GRAUS
ESPECIALISTA EN MEDICINA
Y CIRUGIA CANINA
CONSULTA DE 6 a 8
(MAÑANAS previa petición de hora)
Cadena 5-7 Teléfonos 392918 y 250415

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei